

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. Fidel Cano

Gerente Eduardo Garcés López Director Fidel Cano Correa

Consejo Editorial

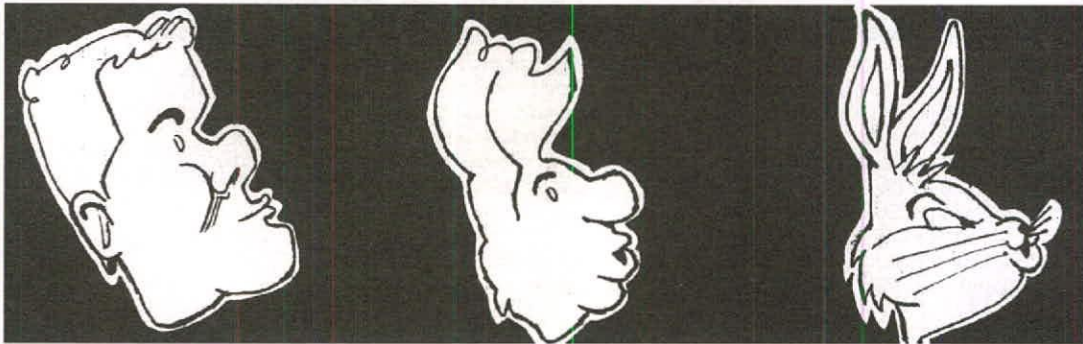
Presidente Gonzalo Córdoba Mallarino

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General Jorge Cardona

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios Mauricio Umaña Blanche

Gova



De qué hablas, viejo

Directores: Fidel Cano Gutiérrez: 1887 - 1919, Luis Cano: 1919 - 1949, Gabriel Cano 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958, Guillermo Cano: 1952 - 1986, Juan Guillermo y Fernando Cano: 1986 - 1997, Rodrigo Pardo: 1998 - 1999, Carlos Lleras de la Fuente: 1999 - 2002, Ricardo Santamaría: 2003, Fidel Cano Correa: 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI © Comunican S.A. 2018. Todos los derechos reservados. ISSN 0122-2856. Año CXXXI. www.elespectador.com

Opinión

Los muros que se erigen y siguen de pie

EL MUNDO SIGUE BUSCANDO RESPUESTAS a sus preguntas existenciales y en los últimos años muchas sociedades se han inclinado hacia soluciones preocupantes. Con los 30 años recién cumplidos de la caída del muro de Berlín, nos encontramos con que las promesas de esa época no solo han fracasado, sino que muchas personas se sienten sin una narrativa que le dé sentido a un orden mundial cada vez más caótico y autoritario. Si la democracia liberal va a sobrevivir y si vamos a derribar todos los muros (invisibles y literales) que hemos venido creando, es clave reconocer dónde se perdió el rumbo. ¿Por qué tantas personas sienten que la revolución las dejó atrás?

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y la Unión Soviética se repartieron Alemania. Pocos años después, en 1961, se erigió el muro de Berlín, que separó a la República Federal de Alemania y a la República Democrática Alemana (RDA). La primera abrazó el capitalismo y las libertades individuales propias del liberalismo ideológico, mientras la segunda fue dominada por el comunismo. Se trató de un retrato de la Guerra Fría: el mundo entero subordinado a dos visiones opuestas de

cómo construir sociedades, defendidas por Estados Unidos en un lado y la Unión Soviética en el otro.

Cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, empezaron a ocurrir muchos cambios que venían gestándose a fuego lento y que finalmente estallaron. Junto con la Alemania Oriental, varios países de Europa del Este tuvieron sus revoluciones bajo la idea de adoptar los ideales liberales de Occidente. En aquel entonces, el optimismo de las élites y las democracias nacientes llegó incluso a declarar que habíamos alcanzado el fin de la historia: la democracia liberal había triunfado y sería la respuesta para todos los problemas.

En *Cómo el liberalismo se convirtió en el "Dios que falló" en Europa Oriental*, Ivan Krastev y Stephen Holmes narran los sueños de los ciudadanos en Estados que habían abandonado, casi que de un día a otro, el comunismo. Al ver esa revolución, la esperanza era que

“Si la democracia liberal va a sobrevivir y si vamos a derribar todos los muros (invisibles y literales) que hemos venido creando, es clave reconocer dónde se perdió el rumbo”.

todo empezara a cambiar velozmente. La opulencia de Occidente aterrizaría para liberar a los pueblos oprimidos.

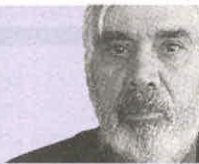
No es coincidencia, entonces, que esos mismos países estén hoy dominados por populistas ultranacionalistas que detestan la migración y culpan a Occidente de todos sus males. Allí y en todos los países que adoptaron el liberalismo (Colombia y América Latina incluidas) vinieron muchas mejoras, pero también ha crecido la desigualdad. Alemania resume muy bien eso. Tres décadas después de la reunificación, según *BBC Mundo*, “el ingreso medio mensual de un trabajador en el Oeste es de 3.330 euros, mientras que en el Este es de 2.690”. En el Este ha venido triunfando el partido de extrema derecha Alternativa para Alemania.

Krastev y Holmes terminan su ensayo con una frase del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, un ultranacionalista xenófobo: “Hace años, aquí en Europa central, creíamos que Europa (occidental) era nuestro futuro. Hoy sentimos que nosotros somos el futuro”. Como él, abundan los caudillos diciendo básicamente lo mismo: que el futuro es autoritario, aislacionista y hostil al pluralismo y las libertades individuales. El muro de Berlín ha sido reinventado. ¿Cómo lo vamos a derribar?

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a elespectadoropinion@gmail.com

“El triunfo de la injusticia”

SALOMÓN KALMANOVITZ



EMMANUEL SAEZ Y GABRIEL ZUCMAN, colaboradores de Thomas Piketty, han escrito este esclarecedor libro en el que se detalla cómo el triunfo y consolidación de la derecha en el mundo desarrollado ha afianzado la injusticia económica y social. El subtítulo del libro es “Cómo los ricos evaden impuestos y cómo hacer para que los paguen”.

El libro parte de dos frases que capturan la filosofía de la derecha en Estados Unidos. Una de Donald Trump cuando, en el debate con Hillary Clinton, ella lo acusó de no pagar un centavo de impuestos al fisco, a pesar de ser un multimillonario. Él contestó descaradamente: “Es que eso es lo que me hace inteligente”. En la campaña presidencial de 1981, Ronald Reagan había afirmado que el régimen tributario de Estados Unidos era “un atraco cotidiano” y en ejercicio comenzó a destruir el carácter progresivo que tuvo la tributación gracias al *New Deal* demócrata (1934-1945).

La paradoja de esta ideología es que el

egoísmo sin límites destruye las normas de confianza y cooperación que están en el corazón mismo de una sociedad avanzada, supuestamente civilizada. Una sociedad obtiene prosperidad solo cuando sus ciudadanos más ricos financian las infraestructuras que garantizan la prosperidad de sus negocios, construyen el alcantarillado que elimina sus excretas, da lugar a la educación que permite que científicos desarrollen inventos y nuevos productos, que entrena a los doctores y financia la investigación pública que los mantienen sanos, sin dejar de contar las cortes y el derecho que defienden su propiedad privada.

Esas dos frases reflejan el surgimiento de una nueva forma de injusticia en Estados Unidos. Desde hace cuatro décadas, los ingresos de los ricos se expandieron. En la medida en que se apropiaron de los beneficios de la globalización, su riqueza se disparó a niveles nunca vistos, al mismo tiempo que se redujeron sus tasas de tributación. Simultáneamente, para los trabajadores y las clases medias, los salarios se estancaron, las condiciones de trabajo y vida se deterioraron, sus deudas se inflaron y sus impuestos se elevaron. Ello no fue producto de decisiones de los ciudadanos ni de debates democráticos, sino de las fuerzas económicas de la globalización y de las

políticas de las corporaciones y de los ricos que se impusieron para desarrollar sistemas tributarios que los beneficiaron.

La globalización permitió la perforación de los códigos tributarios nacionales puestos a competir en una carrera hacia abajo que benefició a empresas transnacionales e individuos que aprovecharon también paraísos fiscales que brotaron por doquier. Pero, sobre todo, la injusticia tributaria resultó de la negación de la democracia. Puede que los recortes de impuestos tengan un efecto económico positivo o no lo tengan, en todo caso su aprobación no fue producto de una deliberación democrática, vulnerando el principio de tributación con representación.

En Colombia tenemos un trumpismo tropical que practica el uribismo desde 2002, hoy en cabeza del ministro de Hacienda Carrasquilla. Él nos quiere convencer de que los recortes de impuestos tienen un efecto positivo sobre el crecimiento económico que nos beneficiará a todos, pero nada garantiza que las empresas los invertirán en sus negocios: Anif señala que gracias a las exenciones aumentó más la importación de vehículos que la de bienes de capital. Los beneficios pueden terminar en Panamá o en otros paraísos fiscales que el ministro conoce bien.

Nieves

